

Voisenón decía en confirmación de esto :

Si había distancia entre el ingenio de ambos Corneille, no había ninguna entre sus corazones. Vivían en la misma casa y en la mayor unión. Tomás trabajaba con mucha más facilidad que Pedro y cuando éste buscaba una rima, levantaba una trampilla y se la pedía á su hermano que se la suministraba en seguida.

Sea de esto lo que quiera, Tomás Corneille honra á la vez á su familia y á nuestra literatura.

El gran Corneille tuvo además una hermana, la Srta. Marta Corneille, cuyo solo título consiste en la gloria de su hijo Fontenelle, el ingenioso autor de la *Pluralidad de los Mundos*.

Respecto á Corneille mismo, y para acabar con lo relativo á su descendencia, diremos que tuvo seis hijos, el mayor de los cuales fué María Corneille, abuela de Carlota Corday que asesinó á Marat. Ponsard, en su drama *Carlota Corday*, no dejó de colgar el retrato de Corneille en el cuartito de su heroína.

Existe un Corneille, que entró en la Escuela Normal Superior en 1813, y llegó á ser diputado. Hubo otro Corneille librero en París, calle de Lafeuillade. La familia existe aún.

El autor del *Cid* nació en Ruán, en una casita de la calle de la Pie. Esta casita histórica no existe, pero se conserva la puerta de entrada en el Museo de Ruán. Una de las hojas tenía un postigo para las salidas y entradas cotidianas.

Pedro fué educado en el campo en una finca llamada *Petit Couronne* donde se halla instalado hoy un museo de recuerdos cornelianos. Hizo sus estudios en el colegio de los jesuitas, en Ruán, donde se reveló su afición á la poesía. Tradujo en verso pasajes de Lucano, el poeta español de la antigüedad, con el que tantas afinidades tiene¹. Se encontraron en su biblioteca los libros de premio que recibió en clase. La mayor parte son relativos á la historia romana. Su lectura contribuyó seguramente á inspirarle la afición á aquella época que tan brillantemente representó en el teatro.

Se ha podido escribir un libro titulado *Corneille historiador* que es como un curso de historia romana hecho con la serie de sus tragedias. Puesto que hablamos de su biblioteca, agregaremos que en su habitación había colgada en la pared una estampa que representaba á Rodoguna. ¿Quién sabe si el haberla contemplado con frecuencia durante su juventud no fué causa de que escribiese en edad madura la tragedia del mismo nombre?

Al salir del colegio estudió derecho y se recibió de abogado en 1624. Sólo defendió una causa sin éxito y prefirió no volver á hablar más en

1. Véase lo dicho en la nota, pág. 433.

público. Expresábase mal y con dificultad. Entró en el parlamento de Normandía y conservó, de sus estudios de derecho, una singular habilidad de pleiteante de que hizo gala más de una vez en el teatro, como por ejemplo en la gran escena del *Cid*, en las defensas de Jimena y de Don Diego, en presencia del Rey.

Empezó escribiendo comedias para la escena que había de hacer ilustre con sus tragedias. Los grandes autores son con frecuencia los primeros que han desconocido su propia vocación. Molière se creyó en un principio dotado de talento para la tragedia. Se ve su retrato en el salón de descanso de la Comedia Francesa bajo los rasgos de Bruto, con la peluca cargada de laureles, y más de una vez se hizo silbar en provincias, en papeles trágicos.

Las primeras comedias de Corneille sólo tienen un interés histórico. La Bruyère las juzga con severidad : « Son secas, lánguidas, dice, y no permitían esperar su futura gloria. » Algunas son curiosos cuadros del viejo París, como la *Galería del Palacio*, donde estaban los puestos de librerías casi como están hoy en las galerías del Odeón, ó como la *Plaza Real*.

Las demás comedias se llaman *Melita*, *Clitandro*, *la Viuda*, *la Acompañanta*, y el *Mentiroso*.

Además del teatro había publicado una colección de misceláneas poéticas en 1632. En 1633, Luis XIII, la reina y el cardenal pasaron una temporada en las aguas de Forges, donde se celebraron fiestas en su honor. Harlay de Chamvallón, arzobispo de Ruán, rogó á Corneille que hiciese unos versos, y éste leyó unos versos latinos en honor del rey. El cardenal de Richelieu se fijó en aquel joven provinciano y se lo agregó como colaborador porque, según ya hemos dicho, se las echaba de autor dramático. Pero no halló á Corneille bastante dócil y se separó de él so pretexto de que no tenía suficiente perseverancia. Corneille no era de los que van á remolque de otro, y su genio le impulsaba á servir de modelo, más bien que á ser discípulo.

Volvió pues á Ruán y dió, en 1635, la tragedia *Medea*. Entonces fué cuando un amigo, el Sr. de Chálons, le aconsejó que estudiase la literatura española para encontrar en ella modelos. Aplicóse á ello y sacó de su trabajo dos obras de inspiración muy distinta : una comedia, la *Ilusión Cómica*, y una tragedia, el *Cid*, su primera obra maestra. Á pesar de la diferencia de géneros, se echa de ver que las dos obras nacieron al mismo tiempo. El Matamoros de la *Ilusión Cómica* tiene estancias llenas de fuego, de arrogancia castellana que hacen pensar á veces en Rodrigo. En cambio éste emplea por su parte estancias que huelen á fanfarronadas.

El *Cid* data de 1636. Un año antes se había fundado la Academia francesa (1635) y un año después se publicó la primera obra maestra en

prosa francesa, el *Discurso del Método* de Descartes (1637). Como se ve la primera gran tragedia de Corneille tenía un marco digno de ella.

El asunto está tomado del romancero español del Cid, é imitado de una obra de Guillén de Castro.

Es una antigua y célebre leyenda de España, la de Rodrigo de Vivar, que mató al padre de su novia para vengar el honor de su propio padre, y la de dicha novia, Jimena, que amó á su novio hasta el punto de perdonarle tan terrible parricidio. ¿Han existido estos personajes? En todo caso se enseña en Burgos el sepulcro del Cid Campeador y de su mujer, — del mismo modo que se hace visitar en la Crau el Mas de Mirella, aunque ésta es hija de la imaginación poética de Mistral, y también, á orillas del Lignón, en Auvernia, la tumba de Celadón aunque este héroe fué inventado por Honorato d'Urfé¹.

Desde el siglo XII existe una *Crónica Rimada* que cuenta el duelo imaginario de Don Diego y de Don Gormaz y cómo Don Diego, que era demasiado viejo, se hizo reemplazar por su hijo. La leyenda ha sido objeto de varias obras literarias; en 1568, escribió Jiménez de Aillón las *Famosas y heroicas hazañas del invencible y valeroso caballero el Cid Ruy Díaz de Vivar*, obra considerable en que abundan los personajes y las aventuras episódicas; en 1589, se publicó la *Crónica del Caballero Ruy Díaz de Vivar el Cid Campeador*, en prosa, dividida en capítulos con título que se parecen en la forma á los de la *Biblioteca Azul*; por la misma época, en el Tesoro de Francisco Meige, colección de romances, se trata del mismo asunto. Lope de Vega hizo varias tragicomedias con diferentes episodios de la vida del héroe, entre otras *Las Almenas de Toro*. En 1619 Francisco Loubayssin de la Marche, gentilhombre del duque de Guisa, refiere, en español, las *Aventuras históricas del Conde Raimundo de Tolosa y de don Rodrigo de Vivar*. Juan Bautista Diamante escribió la *Comedia famosa y muy grande del Cid honrador de su padre*, título poco modesto y por lo mismo muy español. Voltaire supo persuadir á sus contemporáneos de que Diamante era el verdadero modelo de Corneille y de que él había citado otro nombre para hacer perder la pista á la curiosidad; pero la aserción carece de fundamento. El modelo de Corneille es, en efecto, el citado Guillén de Castro (1567-1630), autor que publicó, en 1618, las *Mocedades del Cid*, comedia en tres partes, completando el resto de la historia con la lectura del Padre Mariana (1636-1623).

Como se ve, el *Cid* había sido antes de 1636, objeto de numerosos trabajos que seguramente conoció en parte Corneille.

1. Es de lamentar la desventura con que ciertos autores y escritores franceses tratan las cosas de España. Verdaderamente es un colmo comparar la existencia del héroe castellano comprobada por la tradición nacional, por la historia, por el poema del Cid y por otros hechos y documentos, con la de algunos héroes de novelas. (N. del T.)

Vamos á resumir la leyenda del *Cid*, tal como resultaba de estas diversas obras cuando Corneille empezó su trabajo, siguiendo principalmente á Guillén de Castro que, según nuestro trágico, fué su único modelo, y limitándonos al episodio que forma el asunto del *Cid* francés, es decir la disputa y el duelo con el conde. De esta suerte, aparecerán con el ejemplo de la más pura obra maestra, la manera, la inspiración, la adaptación y el método del trabajo corneliano.

Jamás se vió hombre más triste que lo estaba Don Diego¹, anciano, abofeteado y desarmado en duelo por Don Gormaz. Día y noche no dejaba de pensar en la deshonra de su casa. La casa de Laynez era rica, antigua, noble y superior á la de los Íñigos y Abarcas. Ve que le faltan las fuerzas, que su enemigo Gormaz se pasea orgulloso en libertad sin que nadie ose cerrarle el paso. No duerme ni come ni habla con sus amigos, pues teme que los deshonre el aliento de un hombre deshonrado. Al fin abrumado por tan crueles ideas hace llamar á sus hijos. Sin decir una palabra les va cogiendo las manos y apretándoselas fuertemente hasta hacerles llorar, pero sin quejarse. El padre desepe- raba ya de su empresa, cuando llegó el turno al más joven, á Rodrigo, el cual con los ojos inyectados de ira como los de un tigre, dice al viejo con altivez: « ¡Olvidáis que me habéis hecho caballero; si no mirase que sois mi padre, esta mano os arrancaría las entrañas para vengar la injuria que me habéis hecho²! »

Corren lágrimas de júbilo por las mejillas del anciano: « Bravo, hijo mío, mi verdadero hijo, me devuelves la paz y el descanso. Esa mano, hijo mío, hay que mostrársela al infame que nos ha robado el honor. » Rodrigo se queda pensativo reflexionando en lo tierno de su juventud y en la importancia de su enemigo, que es el primer consejero del Rey y desempeña el primer puesto en la guerra. Pero cuando piensa en la afrenta hecha á su padre, deja de vacilar. Va á descolgar una vieja espada, que fué en otro tiempo del valiente soldado Mudarra, espada muy vieja, comida de orín y que parece llorar aún la muerte de su amo.

Encuétrase con Gormaz en la plaza: « ¿ Sabíais, noble Gormaz,

1. Con qué energía, sencillez y hermosura pinta todas las fases del drama el Romancero de Cid, desde que empieza:

Coibdaba Diego Laynez
De la mengua de su casa...

hasta que le llena de júbilo el furor de Rodrigo!

(N. del T.)

2.

Soltedes, padre en mal hora,
Soltedes en hora mala,
Que, á no ser padre, no hiciera
Satisfacción de palabra;
Antes con la mano mesma
Vos sacara las entrañas,
Faciendo lugar el dedo
En vez de puñal ó daga. (Romancero.)

(N. del T.)

que yo era hijo de Don Diego, cuando abofeteasteis su noble rostro? ¿Sabíais que Don Diego descendía de Laín Calvo y que no hay nada tan puro como su escudo? ¿Sabíais que sólo Dios con su poder podía insultar á Don Diego?» Gormaz se burla de él. «¿Qué vienes á hacer? — ¡Á buscar tu cabeza! — No, hijo mío, has venido á que te azoten como á un paje.» Imposible es describir la ira de Rodrigo después de estas palabras.

El duelo fué favorable al joven. Leconte de Lisle, en su hermosa poesía la *Cabeza del Conde* ha cantado en magníficos versos la escena en que el hijo presenta á su padre la cabeza del insultador.

Oyese gran ruido de gritos y voces en el palacio de Burgos, donde se encuentra la flor de los guerreros. Baja el Rey de sus reales habitaciones y síguete la corte hasta las puertas de palacio, donde se ve á la hija del conde de Gormaz, la infortunada Jimena, con el cabello suelto y bañada en llanto.

Por otra parte llega el anciano Don Diego seguido de más de trescientos caballeros, entre los cuales está Rodrigo que empuña la espada ensangrentada, y la multitud murmura: «He ahí el muchacho que ha matado al conde.» Rodrigo se vuelve al oír estas palabras: «Si alguno de sus amigos se juzga ofendido con su muerte, que me lo haga saber», y los cobardes responden huyendo: «Anda y que te lo haga saber el Diablo si quiere, mas no nosotros.»

Jimena desconsolada se queja al Rey. Rodrigo la ha dejado huérfana y todos los días va su halcón á matar las palomas de su palomar. Le detesta y pide venganza contra él.

Entretanto han invadido á Castilla cinco reyes árabes que siembran la alarma, el incendio y la muerte, llevándose los rebaños y matando á las mujeres y á los niños; nadie osaba contenerlos; pero Rodrigo de Vivar monta en su caballo Babieca y no queda un moro para un remedio.

El noble rey Fernando se hallaba sentado en su sitial, dirimiendo las querellas de sus súbditos, cuando Jimena se presenta en traje de luto: «¡Hace, Señor, seis meses que mi padre ha muerto y pido siempre venganza sin obtenerla! Consuélate, dice el Rey, llegará un tiempo en que pedirás no la cabeza sino la salvación de Rodrigo.»

Se ve cuán poco preparado se halla el amor de Jimena y de Rodrigo y, cuando aparece no es posible explicárselo. Corneille ha obrado hábilmente al suponer la pasión anterior al duelo.

La Infanta Urraca no puede ver sin emoción á aquel apuesto y valiente Campeador. ¡Oh! madre mía, ¡qué hermoso caballero! Le ama, pero Rodrigo se muestra insensible. La infanta llena de tristeza, al ver que no le hace caso, vuelve á tomar la aguja y se pone á adornar una banda para el *Cid* que no pensaba en tal cosa.

Llega la época de Pascua florida, en que la tierra se cubre con su manto de verdura, cual un hada, vieja y de blancos cabellos hace poco, que se convierte en ninfa alegre, joven y brillante; paseábase el Rey por los alrededores de Burgos. «Rodrigo, dice, hay que pensar en casarte. — Señor, dadme la mano de Jimena, la huérfana del conde de Gormaz.» Desposáronse, en efecto, ante el obispo Laín Calvo. El sol acababa de salir claro y rubicundo por el Oriente; Rodrigo, acompañado por sus hermanos fué á ponerse su traje de boda; púsose calzas valonas, y sus zapatos de excelente cuero de vaca, sujetándolos con dos clavijas de acero, y dijo á Jimena, al casarse con ella: «Os he privado de un hombre y os doy otro.» El Rey llevaba á Jimena de la mano y al otro lado iba la reina, seguidos de la nobleza. Echaban trigo por las ventanas en tanta cantidad que se le llenó al rey el ala del sombrero y á Jimena la gorguera¹.

Pero en vano intentaba el Rey distraer á Jimena; era demasiado feliz para estar alegre; no podía decir nada que fuese tan encantador como su modesto silencio.

No se para aquí la leyenda del *Cid*; se trata sólo del episodio escogido por Corneille y no ofrecería interés el continuar la leyenda á través de los sucesivos reinados de Sancho el Fuerte y de Alfonso II el Bravo², después de los cuales continúa la historia del *Cid* con la de sus dos hijas, doña Elvira y doña Sol. Éste es el asunto de la tragedia de Chevreau, que apareció poco después: la *Continuación y el casamiento del Cid* (1637), al mismo tiempo que la de Desfontaines: la *Verdadera continuación del Cid*. En 1696, apareció otra nueva obra, el *Matrimonio del Cid*. Estas diferentes continuaciones demuestran que el desenlace de Corneille no satisfizo plenamente las simpatías del público hacia Jimena y Rodrigo.

Por poco que se recuerde el *Cid* francés, se ve claramente cuánto dulcificó Corneille la rudeza castellana de la leyenda. El éxito fué considerable y le creó muchos envidiosos aun entre los más elevados. El cardenal de Richelieu vió con envidia levantarse aquel temible rival y alentó la guerra de epigramas que empezó casi inmediatamente. Su complaciente amigo Bois-Robert hizo representar en su presencia una parodia del *Cid* en que representaban lacayos y marmitones.

La tragedia de Corneille agradaba en cambio á una parte del público por la apología que hacía del duelo y del pundonor caballeresco. Richelieu había prohibido el duelo por edicto de 1636. Los duelos se habían hecho tan frecuentes que el Estado perdía sus más brillantes

1. Aun se conserva en alguna comarca de España (provincia de Granada), entre el pueblo, la costumbre de arrojar á los recién casados puñados de trigo. (N. del T.)

2. El autor hace una curiosa ensalada histórica. Sabido es que á la muerte de Sancho II, ocupó el trono Alfonso VI con quien tuvo que habérselas el *Cid* particularmente. (N. del T.)

oficiales sin provecho. El *Cid* fué acusado como contrario al edicto y Corneille tuvo que suprimir cuatro versos que se consideraban como pecaminosos y provocadores y se refieren á las excusas que pueden evitar un encuentro; helos aquí:

Ces satisfactions n'apaisent point une âme;
Qui les reçoit n'a rien, qui les fait se diffamer,
Et de pareils accords l'effet le plus commun
Est de déshonorer deux hommes au lieu d'un¹.

Corneille los borró y, para calmar el enojo del Cardenal, dedicó la obra á su sobrina La Sra. de Combalet.

Pero la disputa tomó nuevo incremento con la publicación que hizo entonces Corneille de una poesía titulada *Excusas á Aristo*, donde hablaba de sus enemigos con desdén y de sí mismo con orgullo.

Je sais ce que je vauz, et crois ce qu'on m'en dit.
Pour me faire admirer, je ne fais point de ligue.
J'ai peu de voix pour moi, mais je les ai sans brigue.
Et mon ambition, pour faire plus de bruit,
Ne les va point quêter de réduit en réduit.
Mon travail sans appui monte sur le théâtre:
Chacun en liberté l'y blâme ou l'idolâtre;
Là, sans que mes amis prêchent leurs sentiments,
J'arrache quelquefois trop d'applaudissements;
Par leur seule beauté ma plume est estimée;
Je ne dois qu'à moi seul toute ma renommée,
Et pense toutefois n'avoir point de rival
A qui je fasse tort en le traitant d'égal².

Con este tono altivo hablaba Corneille á sus rivales y aun á las mu-

1. Aquestas satisfacciones
Del alma el rencor no acallan;
Nada son al ofendido,
Y el que las da se difama.
Y unicamente consiguen
Los que á tal pacto se allanan,
Que dos hombres deshonrados,
En vez de uno solo, haya.
2. Conozco lo que valgo y doy fe á los aplausos
Mas no celebro ligas para hacerme admirar.
Tengo en pro pocos votos mas no los solicito
Ni con ruidoso alarde los voy nunca á buscar.
Mis obras sin auxilio á los teatros suben
Do ensalzan ó censuran todos con libertad,
Y allí, sin que pregonen mi gloria mis amigos,
Amplia cosecha suelo de aplausos arrancar.
.....
Por su mérito solo mi pluma es estimada,
Mi fama sólo debo á mi propio caudal;
Y pienso sin embargo que no hay rival alguno
Á quien pueda hacer daño tratándole de igual.

jerer. Más tarde, viéndose viejo y desdeñado por la joven y linda actriz Marquise, le dirigió, en estos lindos versos, una tan poco galante como poco modesta lección:

Marquise, si mon visage
A quelques traits un peu vieux,
Souvenez-vous qu'à mon âge
Vous ne vaudrez guère mieux.

Le temps aux plus belles choses
Se plaît à faire un affront:
Il saura faner vos roses,
Comme il a ridé mon front.

Le même cours des planètes
Règle nos jours et nos nuits;
On m'a vu ce que vous êtes;
Vous serez ce que je suis.

Cependant j'ai quelques charmes
Qui sont assez éclatants
Pour n'avoir pas trop d'alarmes
De ces ravages du temps.
Vous en avez qu'on adore,
Mais ceux que vous méprisez
Pourraient bien durer encore
Quand ceux-là seront usés.

Chez cette race nouvelle,
Où j'aurai quelque crédit,
Vous ne passerez pour belle
Qu'autant que je l'aurai dit¹.

Esta altivez de lenguaje irritó á sus rivales que le abrumaron á fuerza de libelos. El que más éxito tenía en la escena, Mairat, envidioso del recién venido, le acusó de haber plagiado á España.

Al mismo tiempo el famoso espadachín y poeta Jorge de Scudéry redactaba *Observaciones acerca del Cid*, en las que demostraba que el asunto no valía un pito, que faltaba á las reglas, que la obra tenía muchos versos malos y muchos plagios, que los sentimientos desper-

1. Marquesa, si mi rostro
Se halla un tanto gastado,
Ved que, á mi edad, el vuestro
No estará más lozano.
Á lo más bello el tiempo
Afronta de buen grado
Y ajará vuestras rosas
Cual mi frente ha arrugado
Rige igual nuestros días
El curso de los astros.
Cual vos hoy, ya me han visto;
Cual yo os verán los años.
- Mas, por que no me alijan
Del tiempo los estragos,
Bastante poderosos
Tengo algunos encantos.
Los que hoy en vos adoran
Veránse al fin gastados,
Y los que hoy desdeñarás
Durarán luengos años.
Y entre la nueva raza
Que á mi nombre haga caso,
No pasaréis por bella,
Si yo no lo proclamo.

tados en la misma eran crueles y bárbaros, que Jimena era impúdica y parricida, que Rodrigo era un bárbaro sin delicadeza y el conde un fanfarrón ridículo, y que Corneille hablaba francés en alemán.

Las razones de Scudéry relativas á la desvergüenza de Jimena han reaparecido de nuevo en nuestros días, al tomarlas por su cuenta Alejandro Dumas hijo, en el Prefacio de *la Mujer de Claudio*.

Jimena ha visto á Rodrigo matar á su padre no hace aún dos horas; sin duda creerán ustedes que esta joven va á maldecir tal vez al matador de su padre, ó á lo menos á arrojarle para siempre de su presencia. De ninguna manera. Aun no está enterrado Don Gormaz, cuando su hija declara que no puede resistir más tiempo á su amor hacia Rodrigo, y el Rey se ve obligado á decirle que el matrimonio no se celebrará hasta un mes más tarde, para no faltar á lo que exige el decoro. ¡ Encantadora muchacha en verdad! Si el lector tiene una hija, celebraré que no sea como ésta; por mi parte recomiendo con el mayor interés á las mías que no imiten á Jimena si el caso se presenta. Rodrigo es la única esperanza de su país. España tiene los ojos fijos en aquel joven capitán, de cuyo brazo penden millones de existencias. ¿ Creerá el lector que esto tiene para él un interés suficiente? De ninguna manera. Va á ver á Jimena y le declara que, si no le perdona y no corresponde á su amor, casándose con él, se hará matar por Don Sancho y dejará á su país metido en el atolladero. Para Jimena no hay familia, para el Cid no hay patria. ¿ Qué hay pues para ambos por encima de todo esto? Hay el amor, como decía Bridoisón. Por eso, las mujeres al día siguiente de esta pieza, en la que habían visto inmolarse en aras del amor las más altas tradiciones de su sexo y los más altos deberes del nuestro, enunciaron este axioma: « Hermoso como el *Cid*. »

Si la Academia de entonces protestó contra el *Cid* como obra dramática, hizo mal; si protestó contra el *Cid* como obra moral, tuvo razón. Esta apoteosis del amor, proclamado como superior á todos los elevados intereses de la conciencia humana deja reducidos á muy estrechos límites el ideal y el papel del hombre. Declarar que, cuando hay lucha entre el deber y la pasión, triunfa ésta, y eso en almas tan elevadas como deben serlo las del *Cid* y de Jimena, es poner á la mujer muy por debajo de lo que puede hacer y al hombre muy por debajo del deber, y declaro que si mañana tuviésemos en Francia un *Cid* cualquiera sobre el que creyéramos poder contar para devolvernos el territorio perdido, y supiésemos que ese hombre pasa el tiempo en gemir á los pies de una Jimena, por encantadora que sea, y que está dispuesto, si ella no le ama, á abandonar su país y á atravesarse con su espada ó la de Sancho, declaro que formaríamos muy triste idea de semejante trovador y que haríamos muy bien en procurar substituirle. ¡ Desgraciadamente nos falta el primero!¹

Al leer los ataques de Scudéry, quedó Corneille sorprendido, pues le

1. Verdaderamente causa profunda extrañeza el ver á un moralista tan severo como el autor de *la Dama de las Camelias* lanzar semejante fallo condenatorio sobre personalidades, costumbres y épocas que no conocía, fundándose únicamente en la necesidad que tuvo Corneille de encerrar la acción en las famosas unidades de Aristóteles. (N. del T.)

creía amigo suyo y replicó con su carta apologética, hermosa por la ironía é indignación de que está llena:

Los buenos ingenios creen que habéis hecho una obra maestra de doctrina y de razonamiento con vuestras *Observaciones*. La modestia y la generosidad de que en ellas dais pruebas les parecen cosa rara, y sobre todo vuestro procedimiento, maravillosamente sincero y cordial tratándose de un amigo. Si no os basta un volumen de observaciones, podéis hacer cincuenta. Mientras no me atacéis con razones más sólidas, no me pondréis en la necesidad de defenderme y por mi parte veré, de acuerdo con mis amigos, si la escasa reputación que os ha dejado vuestro libelo vale la pena de que acabe con ella. Habéis pretendido hacerme pasar por un simple traductor so pretexto de unos setenta y dos versos que habéis marcado en una obra de dos mil y que los peritos en la materia no llamarán nunca simples traducciones; habéis declamado contra mí por haber callado el nombre del autor español, aunque sólo lo habéis sabido de mis labios y aunque os consta que no lo he ocultado á nadie. No basta decir: « Seguí siendo mi amigo » para violar tan indignamente la amistad... Cuando solicitéis ni amistad con términos más corteses, mi bondad es tan grande que no sabré rehusárosla... Hasta entonces me atrevo á deciros que no me inspiráis ni temor ni cariño.

La contienda se hizo general. Era aquello un huracán de libelos y folletos en pro ó en contra del *Cid* con los títulos más diversos. Entretanto seguía representándose con el mayor éxito la pieza de Corneille, y Boileau pudo decir:

En vain contre le *Cid* un ministre se ligue,
Tout Paris pour Chimène a les yeux de Rodrigue¹.

El ministro era Richelieu el cual ordenó á la Academia francesa que se condenase y censurase públicamente la obra de Corneille. Vacilaban los académicos en prestarse á este injusto capricho; declararon que no lo harían á no ser que Corneille se lo rogase, pero éste se negó á ello. Sin embargo, el cardenal le mandó que accediese y no se atrevió á resistir, escribiendo este penoso asentimiento:

Los señores académicos pueden hacer lo que les agrade, puesto que me escribís que Monseñor se alegrará mucho de conocer su juicio y que esto ha de complacer á Su Eminencia, no tengo ninguna objeción que hacer.

La Academia tuvo que rehacer tres veces sus observaciones, pues el Cardenal las hallaba siempre demasiado bondadosas é indulgentes. Chapelain quedó encargado de la versión definitiva. Éste, poeta mediano y muy favorecido de la corte, llevaba, según hemos dicho, la

1. Vanamente contra el *Cid*
Airado lucha el ministro.
Pues París mira á Jimena
Con los ojos de Rodrigo.